

# EL PARÁSITO

Machado de Assis

## I

¿Saben de una cierta hierba que desdeña la tierra para enroscarse, identificarse con los altos árboles? Es el parásito.

Claro, la sociedad, que tiene más de una afinidad con los bosques, no podía dejar de contener una porción, aunque pequeña, de parásitos. Y la tiene, y tan perfecta, tan igual, que ni siquiera el nombre ha cambiado.

Es una grande y curiosa familia, la de los parásitos sociales; y sería difícil apuntar en la estrecha esfera de las acuarelas – una relación sinóptica de las diferentes variedades del tipo. Antes, desde la torre, escojo apenas al pasar las más salientes, sin zambullirme en el fondo ni en todos los rincones del océano social.

Hay, como dije, diferentes especies de parásitos.

El más vulgar y el más conocido es el de la mesa; pero los hay también en literatura, en política y en la iglesia. Es una plaga antigua, y especie cuyo origen se agarra a la noche de los tiempos, como diría cualquier historiador *en herbe*. De la India, esa abuela de las naciones, como dice un escritor moderno, son pocas las nociones al respecto; y no puedo marcar aquí con precisión el desarrollo de esa casta curiosa en ese viejo país. En Roma, donde leemos como en un libro, ya Horacio comía las sopas de Mecenas, y banquetecía alegremente en el *triclinium*. Es verdad que le pagaba con gran poesía; pero, en ese tiempo, como aún hoy, la poesía no era oro en polvo, y esta es fran estrofa de todos los tiempos.

Pero dejemos la historia.

Tengo aquí como diana esbozar en trazos ligeros las formas más prominentes de la individualidad.; entremos pues en el estudio – sin más preámbulo.

¿Debo empezar por el parásito de la mesa, el más vulgar? Hay tal vez poco para decir – pero ese poco aun revela sobremanera los rasgos arrojados de esa fisonomía social.

De balde se buscaría conocer las regiones más adaptadas a la economía vital de este animal peligroso. Inútil. Él vive en todas partes donde hay ambiente de cerdo asado.

También es ahí donde él desarrolla mejor todas sus facultades; - donde se siente la *son aise*, como diría cualquier escriba encantado en traje de invierno.

Perfecto parásito debe ser el perfecto gastrónomo; inclusive cuando no goce esta facultad por vocación de la cuna, es un resultado de la práctica, por aquello de que el *uso de la pipa es lo que tuerce la boca*.

Así, el parásito jubilado, el buen parásito, está muy por encima de os otros animales. Olfato delicado, adivina a dos leguas de distancia la calidad de un buen plato; paladar susceptible, - sabe absorber con todas las reglas del arte – y no educa su estómago como cualquier aldeano.

¿Y cómo no ser así, si él no tiene otro cuidado en esta vida? ¿Y si los límites de la mesa redonda son los horizontes de sus aspiraciones?

Es curioso verlo en la mesa, más o menos curioso es verlo en los momentos que preceden a las sesiones gastronómicas. Entra en una casa o por costumbre o *per accidens*, lo que aquí quiere decir intención formada con todas las circunstancias agravantes de la premeditación, y superioridad de las armas. Pero supongamos que a va a una casa por costumbre.

Y es que entra, risa en los labios, sombrero en mano, el vacío en el estómago. El dueño de la casa, a quien ya fatiga aquella visita diaria, lo saluda constreñido y con sonrisa falsa. Pero eso no es decepción; tan poco no desarma un bravo de aquella estirpe. Se sienta y comienza a relatar las noticias del día, entremezcladas con algunas de su propia cosecha, y curiosas – atrayendo la faz vacilante del huésped. Viene un criado a dar la señal de combate. Es el objetivo de su alarma, y que va inmediatamente a hacerse cargo de una tarea cotidiana, tan trabajosamente ejercida.

Si, con todo, él entre *per accidens*, no es menos curiosa la escena. Empieza por un pretexto que debe lisonjear a las personas de casa conforme sus debilidades. Así, si hay allí un autor dramático, el pretexto es felicitarlo por su última pieza representada días antes. Sobre este molde, todo lo demás.

Si a veces no hay un pretexto serio, no tiembla todavía el parásito; hay siempre uno disponible, como sustantivo: *saber de la salud del amigo*.

Pero, él entra; dado el pretexto, se sienta y comienza a desenredar toda la retórica que puede inspirar un estómago vacío, un Jeremías interno. Se sigue, después, poco más o menos, la misma escena. Al final, está siempre como borla de horizonte una esa más o menos apetitosa, donde la reacción se opera largamente.

Hay, sin embargo, pequeñas desgracias, accidentes inesperados en la vida del parásito de la mesa.

Entra él en una casa donde espera almorzar holgadamente; - hace los primeros cumplimientos y va a dorarle la píldora a su querido huésped. Un cierto rechinar de dientes, entre tanto, empieza a agitarlo, un rechinar particular que indica un estado más calmo a los estómagos de la casa.

-Entonces, ¿cómo está? Siento que llegaras ahora; si hubieras venido más temprano, almorzabas conmigo.

El parásito queda boquiabierto; pero no hay más remedio; es necesario salir con decencia y no dar a entender la finalidad que lo llevó allí.

Estas eventualidades, estas pequeñas miserias, lejos de ser decepciones, son como el olor a pólvora enemiga para los soldados, un incentivo para la acción. Es una índole miserable la de ese cuerpo liviano en el que solo hay animalidad y estómago; pero, mientras tanto, es necesario aceptar esas criaturas tal como son – para que aceptemos la sociedad tal como es. ¿La sociedad no es un grupo en que una parte devora a la otra? Eterno antagonismo de las condiciones humanas.

El parásito de la mesa uniformiza el exterior con la importancia del huésped; un cargo elevado pide guantes de seda, y unos botines lustrados. A la mesa no hay nadie más atento; - y como un conviva alegre, adoba los guisados con puñados de sal más o menos sabrosos.

Es una retribución razonable – dar de comer al espíritu de quien da de comer al cuerpo.

Aquí no hay desaire, hay un intercambio que prueba que el parásito tiene susceptibilidades en alto grado.

Estos rasgos, más o menos exactos, más o menos distintos, dan aquí una pequeña idea del parásito de la mesa; pero esta variedad del tipo es absorbida por otras de una importancia más elevada. Aquí es el parásito del cuerpo, los otros son los del espíritu de la conciencia; - aquí son los epicureístas a costa ajena, los otros son las nulidades intelectuales que se prenden al primer cuadro de propiedades suculento que le vaya al encuentro.

Son tal vez imperceptibles estos lineamientos - y acusan la aceleración del pincel; pasemos a las otras variedades del tipo donde encontramos formas más amplias y prominentes más distintas.